

# La cultura: ¿clave de los problemas en las relaciones cubano-norteamericanas?<sup>1</sup>

Jorge Domínguez

«NO SÉ EXACTAMENTE DÓNDE ESTÁ EL PROBLEMA».<sup>2</sup> Con estas palabras, pronunciadas durante una conferencia de prensa el 28 de octubre de 1959, el presidente Dwight Eisenhower expresaba el desconcierto que sentía la mayor parte de los norteamericanos ante el dramático giro que experimentaban las relaciones cubano-norteamericanas por esas fechas. El régimen de Fulgencio Batista había llegado a su fin la víspera de año nuevo y un nuevo Gobierno, encabezado por Fidel Castro, dictaba profundos cambios políticos, económicos y sociales mientras culpaba a Estados Unidos no sólo de llevar a cabo actividades concretas en contra del gobierno revolucionario, sino también de haber practicado históricamente una política de intromisión en los asuntos cubanos. Ser cubano en 1959, parecía decir Castro, exigía oponerse al papel que Estados Unidos desempeñaba con respecto a Cuba. Más tarde, expresaría con fuerza esta idea en su informe al segundo congreso del Partido Comunista, celebrado en diciembre de 1980: durante muchos años «Estados Unidos ha sido el enemigo jurado de nuestra nación».<sup>3</sup>

<sup>1</sup> A propósito del libro de Louis A. Pérez, Jr. *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill&London: University of North Carolina Press, 1999.

<sup>2</sup> Cita de *American Foreign Policy: Current Documents*, 1959, Departamento de Estado, Washington, 1963, pt. 3, p. 382.

<sup>3</sup> *Granma Weekly Review*, 28 de diciembre, 1980, p. 13.

El nuevo libro de Louis Pérez cuenta la historia de los que han sido llamados con frecuencia «lazos de intimidad» entre Cuba y Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta la victoria revolucionaria de 1959-1961. Este texto, admirablemente escrito, recorre toda la historia social y cultural de los vínculos entre ambas naciones: el béisbol y el boxeo, el ferrocarril y los automóviles, el ron y los burdeles, la tecnología y el empresariado, el baile y la televisión, el inglés, el español y el *spanglish*, todo converge en una narración persuasiva, esclarecedora y, a ratos, humorística, en la que el autor hace gala de un extraordinario dominio del tema y una especial sensibilidad, tanto en el contexto como en el tiempo, hacia las dos partes: Estados Unidos y Cuba. Asimismo nos deslumbra con la gran variedad de fuentes consultadas: desde los archivos hasta los *jingles* publicitarios, desde el cine hasta la narrativa, desde la economía hasta las biografías.

El principal objetivo de la obra es narrar la historia que Cuba compartió con Estados Unidos. Así, el libro rebosa de nombres de personas que vivieron y soñaron en ambos países y de muestras de la cultura popular exportada por los Estados Unidos. Pero Pérez teje su fascinante historia con el fin de desarrollar cuatro argumentos esenciales que esclarecen los sentimientos expresados por Eisenhower y Fidel Castro en las palabras citadas al principio de este ensayo.

El primer argumento del autor se centra en el final del siglo XIX. Los cubanos optaron por la *americanización* para diferenciarse de la cultura y el poder colonial españoles. El béisbol se convirtió en una alternativa a las corridas de toros. La influencia norteamericana pasó a ser, entonces, «un factor en la formación de la identidad cubana» (p.11). A finales del XIX y principios del XX «gran cantidad de cubanos participaron de buen grado en aquellas estructuras que sirvieron para ejercer y padecer el poder hegemónico de los Estados Unidos» (p. 9). El telégrafo, el ferry, las inversiones cubanas y los miles de cubanos que viajaban a Estados Unidos para cursar estudios, prepararon a Cuba para el cambio. Los jefes militares del Ejército Libertador que habían estudiado en Estados Unidos, e incluso obtenido la ciudadanía norteamericana en algunos casos, fueron una de las conexiones entre la experiencia de relacionarse con Estados Unidos y la decisión de luchar por la independencia de Cuba del dominio español en la década de 1890.

El segundo argumento es que Cuba abrazó el proceso de *americanización* como su camino hacia la modernidad. El *boom* experimentado por las inversiones norteamericanas y por la economía cubana durante el primer cuarto del siglo XX fue resultado de la convergencia de determinadas tendencias políticas, económicas y culturales. La difusión de modelos profesionales norteamericanos, «las mejores prácticas», en contabilidad, administración y comercio transformaron las habilidades de la elite cubana, mucho más allá del legado de la experiencia colonial española. Se rediseñó la apariencia arquitectónica de La Habana. La estrategia consciente de *americanización*, tanto individual como colectiva, «como medio para preservar la nacionalidad (cubana)» procuró la adquisición no sólo de conocimientos y habilidades más modernos, sino también de una comprensión más cabal de la relevancia de

los derechos ciudadanos (p. 162). El proceso de *americanización* constituyó el camino hacia la «ilustración» (p. 162). Así señala Pérez, «Cuba renació moderna a principios del siglo xx». (p. 147)

El tercer argumento de Pérez es que los cubanos tardaron en darse cuenta de que la percepción que de ellos tenían los norteamericanos distaba mucho de ser la que hubieran preferido. El sentimiento antinorteamericano en Cuba nació de la asimetría de las percepciones mutuas entre los Estados Unidos y Cuba —precisamente lo que Castro recalcó y que Eisenhower no entendió décadas más tarde. El comienzo de los vuelos aéreos entre Cuba y Estados Unidos, en 1921, sirvió de complemento a los viajes por ferry desde el sur de la Florida. En 1941 ya habían viajado a Cuba un total de dos millones de ciudadanos norteamericanos. La Isla representaba el paraíso de la bebida en tanto imperara la prohibición en su país. Cuba era el paraíso del juego, las drogas y el sexo fácil. Allí el norteamericano aprendió a bailar la rumba y el son. El efecto sobre las relaciones interpersonales y las culturales no fue saludable. Ya en los años veinte, «un pueblo para el cual la proposición de civilizado y moderno era crucial para la formación de su identidad nacional, se vio sumido en el papel del Otro norteamericano, exótico y primitivo» (p. 128). Muchos cubanos se alarmaron porque: «se habían unido a los norteamericanos en una relación de colaboración, a menudo por convicción, aunque también por conveniencia» (p. 234). Este tema reaparecería, según Pérez, en los cincuenta. «La Cuba del casino y el burdel... era precisamente la imagen que los cubanos habían rechazado anteriormente con firmeza: la imagen de atrasados y subdesarrollados, primitivos y primarios, exóticos y tropicales». (p. 470)

Su cuarto argumento es que el proceso de *americanización* impidió que los cubanos se preparasen para vivir en Cuba. «Estaban preparados para vivir en un mundo que no existía, al menos, no en Cuba» (p. 254). La publicidad «difundía valores vulgares a un gran público sugiriendo que consumir era una forma de pertenecer» (p. 308), pero los cubanos carecían de los medios para consumir según el modelo norteamericano. La profundidad y amplitud de la penetración norteamericana a través del cine, la televisión, la música y el turismo hacía que los cubanos desearan un nivel de vida que no podían mantener. Pérez arguye con lucidez que, incluso si la Revolución no hubiera tenido lugar, ya en 1960 se habían sentado las bases estructurales para que se produjera una emigración masiva hacia Estados Unidos como resultado de la confluencia de tres elementos: la demografía (el crecimiento poblacional), la economía (la carencia de poder adquisitivo) y el gusto (mientras más *americano*, mejor). (p. 468)

La Revolución, por consiguiente, tuvo que poner en marcha un proyecto cultural que se enfrentara a los dilemas impuestos por un siglo de intimidad compartida entre Cuba y los Estados Unidos. «La noción de una patria, libre y soberana, fue reinventada partiendo de funciones instrumentales en las cuales el proyecto igualitario serviría como condición necesaria para la civilización» (p. 482). Ser civilizado significaba ser cubano; y ser cubanos implicaba ser iguales, aunque no necesariamente prósperos.

Los cuatro argumentos son sutiles en su elaboración y demostración, persuasivos en su desarrollo y están respaldados por la amplia gama de pruebas que se ofrece. Sin embargo, mientras vuelvo la última página, no puedo deshacerme del mismo sentimiento de perplejidad que sintió Eisenhower en 1959, si bien he llegado a comprender mejor la idea de Castro cuando afirma que el peso impuesto por Estados Unidos al proceso de civilización de la Isla «no ha dejado nunca de agredir o poner a prueba nuestro espíritu nacional cubano». <sup>4</sup> Si durante tanto tiempo ser cubano ha significado ser suficientemente norteamericano, ¿cómo pueden los dos últimos argumentos de Pérez explicar la revolución de 1959-1963? ¿Cómo fueron politizadas estas experiencias culturales?

En las décadas de los veinte y los treinta Cuba se vio plagada de nacionalismo. Una parte de ese nacionalismo era antiespañol, pero otra era antijamaicano, antihaitiano, antisemita y antiasiático. Por eso, a principios de los treinta, fueron deportados jamaicanos y haitianos, a pesar de que muchos vivían en Cuba desde hacía largos años; por eso, a principios de los cuarenta, todo japonés adulto sufrió prisión durante tres años y muchos refugiados judíos europeos fueron devueltos a sus países. Sin embargo, el mayor peso del nacionalismo cubano de los veinte y los treinta fue dirigido contra Estados Unidos, por lo que resulta muy sorprendente que el sentimiento antinorteamericano disminuyera tanto después de 1940.

Dicho sentimiento, de hecho, no constituyó un puntal políticamente productivo en Cuba de 1940 a 1959, a diferencia de los treinta cuando sí había desempeñado un papel muy significativo. De 1944 a 1950 los sucesivos gobiernos Auténticos ignoraron el llamado nacionalismo, mientras el principal partido de la oposición, el Ortodoxo, apenas lo mencionaba en sus programas, dirigidos fundamentalmente contra la corrupción gubernamental. Los ortodoxos (en 1952 Fidel Castro fue candidato al Congreso por este partido) solamente sostenían dos reivindicaciones nacionalistas: por un lado, pretendían «la revisión sosegada y positiva de las deficiencias que aún existían» en el Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos, exigencia nada trascendental; y por otro, demandaban el control estatal de los servicios públicos. <sup>5</sup> El Partido Comunista, por su parte, no aspiraba a mucho más: había olvidado sus demandas a favor del control estatal de todas las inversiones extranjeras, y en la primavera de 1945, Blas Roca, su Secretario General, propuso un plan que abogaba por la inversión generalizada y directa del sector privado norteamericano en Cuba, mientras sugería que el control estatal debía limitarse a los servicios públicos. Más tarde, en diciembre de 1958, el programa del Partido Comunista continuaba defendiendo el control estatal de los servicios públicos, si bien explícitamente tranquilizaba al público con

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Doctrina del Partido Ortodoxo*, Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa, La Habana, 1951, pp. 13, 45.

la seguridad de que no proponía la nacionalización de ninguna otra empresa extranjera.<sup>6</sup>

Fidel Castro siempre ha sido un político muy habilidoso. No es casual que evitara los temas antinorteamericanos antes del triunfo revolucionario. En *La historia me absolverá*, la exposición más detallada de sus ideas políticas, hizo hincapié en la ilegitimidad, la represión y la corrupción del Gobierno de Batista. Esbozaba, además, cinco leyes fundamentales, ninguna de las cuales se refería al papel desempeñado por Estados Unidos en Cuba, y mencionaba el control estatal sobre los servicios públicos sólo como un elemento más en una extensa relación de medidas de segundo orden.<sup>7</sup> En posteriores manifiestos omitió toda referencia a temas nacionalistas, evitando incluso pronunciarse a favor de la expropiación de los servicios públicos. Y si bien exigía del Gobierno norteamericano el cese de toda ayuda militar a Batista y la no intervención en la victoria de las fuerzas revolucionarias, lo cierto es que dichas demandas no iban envueltas en un manto nacionalista.

Los datos más relevantes sobre la opinión pública de la época provienen de dos estudios patrocinados por empresas privadas en 1950 y 1956. Los encuestados debían expresar sus opiniones sobre dos empresas cubanas y dos compañías norteamericanas. En ambos estudios la mayoría se mostró favorable hacia las cuatro empresas, siendo la compañía eléctrica de propiedad norteamericana la que suscitara el mayor porcentaje de quejas: el 22% en 1950. Como razones aducían el alto costo y los malos servicios. El hecho de que la compañía estuviera en manos extranjeras se señalaba, en ambas ocasiones, como la cuarta razón, lo que supuso sólo el 6%, en 1950 y el 7%, en 1956. De ahí se deduce que sólo el 1,3% de los encuestados en 1950, y probablemente menos en 1956, dieron alguna respuesta de carácter nacionalista.<sup>8</sup> Aún en la primavera de 1960 el sentimiento nacionalista se mantenía en niveles muy bajos. Cuando la compañía Lloyd Free y asociados solicitó a un millón de cubanos que describieran los aspectos más positivos de la vida urbana en la Isla, sólo el 6% mencionó la independencia, la lucha por la soberanía y la propagación de ideales nacionalistas o patrióticos. Al preguntárseles acerca de sus aspiraciones respecto a Cuba, sólo el 9% mencionó ya fuera alguno de los temas anteriores u otros relacionados, tales como la autosuficiencia económica,

<sup>6</sup> Blas Roca, «Algunos problemas de las relaciones cubano-americanas en la postguerra», *Fundamentos* 5, no. 44, Abril, 1945, pp. 263, 269-73; ídem, «Dos cartas», pp. 357-358.

<sup>7</sup> Ver el texto del discurso en *Revolutionary Struggle, 1947-1958: The Selected Works of Fidel Castro*, Rolando Bonachea y Nelson P. Valdés, eds. Cambridge, MA, 1972, pp. 164-221.

<sup>8</sup> La encuesta de 1950 recogió al azar a un total de 2.099 personas de dieciocho años en adelante, procedentes de ciudades con más de 5.000 habitantes. La de 1956 reunió a 2.149 encuestados del mismo grupo de edad, pero seleccionados por cuotas en cuanto a sexo y edad, procedentes de treinta ciudades en las seis provincias. En los cincuenta, en Cuba, predominaban los territorios urbanos. Vea «Relaciones públicas de un monopolio estadounidense en América Latina», de Horst Handke y Elli Mohrmann, en *Monopolios norteamericanos en Cuba: contribución al estudio de la penetración imperialista*, La Habana, 1973, pp. 223-26, 248.

una política exterior independiente o la no injerencia extranjera, a pesar de que ya en aquellos momentos las relaciones cubano-norteamericanas sufrían un deterioro considerable.<sup>9</sup>

Los intentos más importantes de politizar el nacionalismo en Cuba durante los cincuenta provenían de activistas intelectuales urbanos pertenecientes al Movimiento 26 de Julio, fundado por Castro. Éste, sin embargo, no dejó muy claro su papel en la formulación de algunos textos como el manifiesto de noviembre de 1956, en el que se expresaban sentimientos nacionalistas. El documento subrayaba que el proceso de desnacionalización del país había comenzado, sobre todo, con el golpe de estado de Batista en 1952, y que se debía fundamentalmente a las acciones de ese Gobierno. Señalaba, además, lo inapropiado que resultaba el uso de la palabra «imperialismo» en América y añadía que el Movimiento buscaba establecer unas relaciones de «amistad constructiva» como «aliado fiel» de Estados Unidos.<sup>10</sup> Otros temas nacionalistas, aunque con el mismo grado de moderación, aparecían en el programa económico del Movimiento, elaborado por Regino Boti y Felipe Pazos. Aquí también atribuían el inicio del proceso de desnacionalización al golpe de Estado y al Gobierno de Batista. En ningún caso el Movimiento demandaba apropiaciones generalizadas, si bien ambos documentos exigían la regulación más estricta de todas las inversiones y planteaban la posibilidad de revocar aquellas concesiones obtenidas y otorgadas por medios fraudulentos.<sup>11</sup>

Pero ¿quiénes eran estos nacionalistas prerrevolucionarios de los cincuenta? Felipe Pazos, antiguo Presidente del Banco Central de Cuba, había estudiado en la Universidad de Columbia. Regino Boti había obtenido un *master* en Harvard. En 1959, Pazos volvió a ocupar la presidencia del Banco Central y Boti se convirtió en ministro de Economía. Se les sumó, como ministro de Comunicaciones, Enrique Oltuski, graduado de ingeniería en la Universidad de Miami; Manuel Ray, como ministro de Obras Públicas, después de pasar por la Universidad de Utah y Rufo López Fresquet, graduado de la Universidad de Columbia, como ministro de Finanzas. Tal y como señala Pérez, «las diferencias entre norteamericanos y cubanos en el 59 partían, irónicamente, de políticas y programas elaborados por los hombres y mujeres que más se identificaban con las prácticas norteamericana». (p. 488)

Todo ello ofrece un indicio a la hora de responder las interrogantes planteadas al comenzar el presente ensayo. El antagonismo cubano-norteamericano no surgió como un estallido súbito en el ámbito cultural cubano en respuesta a la penetración norteamericana. Comenzó como una disputa entre ambos gobiernos en una etapa en la que el Gobierno de la Isla se encontraba

<sup>9</sup> Lloyd A. Free, *Attitudes of the Cuban People toward the Castro Regime*, Princeton, 1960, pp. 1, 10, 24-25.

<sup>10</sup> Texto en *Cuba in Revolution*, Rolando Bonachea y Nelson P. Valdés, eds. Garden City, 1972, pp. 117-31, 138-39.

<sup>11</sup> Regino Boti y Felipe Pazos, «Algunos aspectos del desarrollo económico de Cuba», *Revista Bimestre Cubana* 75, julio-diciembre, 1958, pp. 257-58, 265-68.

todavía integrado por personas culturalmente cercanas a Estados Unidos. Era lógico, pues, que Eisenhower manifestara su desconcierto ante la imposibilidad de trabajar conjuntamente con la dirigencia cubana. La disputa entre ambos Estados llegaría a provocar, a su vez, ira y resentimiento entre los cubanos aunque, quizá sorprendentemente, no supondría literalmente un rechazo a la cultura norteamericana. Tal vez Fidel Castro llegara a la conclusión de que Estados Unidos, como civilización, era el enemigo histórico de la nación cubana, pero no sucedió así para la mayor parte de los cubanos. El cine estadounidense continúa gozando de la misma popularidad en Cuba. El idioma ruso nunca pudo sustituir al inglés en las preferencias de los estudiantes cubanos, ni los turistas norteamericanos, que actualmente suman los diez mil al año, perciben ninguna animosidad durante sus viajes a la Isla.

El espléndido libro de Pérez nos plantea, pues, una hipótesis, una propuesta tranquilizadora y una advertencia. La hipótesis nos indica que el «poder blando» de los Estados Unidos —el poder de su cultura—, en ocasiones, resulta contraproducente para sus intereses generales, por cuanto el país receptor puede llegar a resentir dicha influencia en su proceso hacia una sociedad más civilizada. La propuesta tranquilizadora es que, en el caso de Cuba, semejante resentimiento posee, aparentemente, un carácter limitado y reversible. La advertencia, sin embargo, es que se han cometido y todavía pueden cometerse muchos errores en las relaciones interpersonales, políticas, económicas, culturales y sociales entre ambas naciones. En cierto momento los cubanos contemplaron, y podrían hacerlo de nuevo, la *americanización* como su camino rápido hacia la modernidad y la civilización; pero en el pasado también reaccionaron con ira y horror cuando descubrieron que los norteamericanos los consideraban primitivos y exóticos. Para peligro suyo, y de los Estados Unidos, los cubanos pueden volver a adquirir el gusto por el nivel y la forma de vida norteamericanos, aunque conserven el poder adquisitivo de un país pobre. En cuanto a los Estados Unidos, ya una vez obtuvieron grandes éxitos, y pueden volver a obtenerlos, en sus relaciones con Cuba.

